

DON CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ

LA RAZON DE MI IRA

CARTA AL DIRECTOR DE ABC

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Mi ira—admitamos su calificativo—no me ha privado de la asistencia de la razón y de la justicia al rechazar la afrenta inesperada de Laín que motivó mi nota «De Aristóteles a Chamberí». El zapatero leibnitziano que usted trae a capitulo, naturalmente, no entendía de cuestiones de honra.

Por ello, debo confesar que me ha sorprendido mucho su arremetida. Ha caído usted en mayor desmesura de la que atribuye a mi crítica a Laín. Su enjuiciamiento de tal crítica ha sobrepasado lo que podía esperar de su condición de espectador. Me parece que no ha leído hasta el final los artículos que suscitaron mi reacción; ni con bastante atención mi carta. Yo no he intentado contradecir los alegatos de su amigo en favor de Castro. He llenado muchas cuartillas y hasta he escrito libros contra ellos para volver, de pasada, sobre el tema y resumir mis juicios en una carta abierta de fines precisos. De otra parte, reitero lo que he dicho a Laín: Todavía estoy esperando que alguien científicamente se atreva a demostrar que son erróneas las páginas de mi «España, un enigma histórico», como yo hice con «España en su historia».

He respondido a los agravios de Laín según ellos merecían. No soy manco ni manso y he polemizado con muchos estudiosos, pero siempre he discutido con ellos cortésmente. Laín, después de sus equilibrios en el alambre—repito la frase—me reprochó con saña turbias amistades contradictorias de mi republicanismo—cosa curiosa, amistades con el ABC; la tengo, sí, muy viva con Luis María Ansón y me honro con ella—y me calificó de **alanceador de republicanos muertos**.

He sacrificado todo al mantenimiento impoluto de mi dignidad personal. Le he sacrificado la compañía de mis hijos y de mis nietos y mi inmenso deseo de gozar de España, cuyos cielos, cuyas ciudades, cuyos campos, cuyas montañas, cuyas marinas están siempre prendidos en el ensueño de mi alma. Le he sacrificado el no poder rezar un padrenuestro ante la tumba de mis padres ni en muchos santos lugares de mi patria, por ejemplo, ante la Santina de Covadonga, lugar tan entrañablemente unido a mis creaciones históricas. Le he sacrificado el no poder recorrer las calles y callejas de mi Avila adorada ni las avenidas de mi siempre añorado Madrid; el no poder visitar las breñas de Asturias, las rías gallegas, los llanos de Castilla... Español hasta la médula no tolero el menor agravio a mi honra y Laín me ultrajó de propósito. Le he demostrado que no se me puede afrentar en vano y que sí no alanceo republicanos muertos sí sé alancear conversos vivos.

Me permito preguntar a usted cómo habría reaccionado si tras treinta y siete años de destierro, habiendo sacrificado todo a la fidelidad a sus ideas monárquicas y habiendo sacrificado a su honra la gozosa adoración de España, un supuesto amigo que entretanto hubiese vivido bien acaballado en la vida aparentando republicanismo con los republicanos y monarquismo con los monárquicos, hubiese osado censurarle deshonrabiles amistades personales y llamarle **alanceador de monárquicos muertos**. ¿Quiere contestar a esta pregunta?

Por lo demás estoy harto de polémicas y no me opongo a lo que un historiador español ha llamado con mucho gracejo la **canonización de Castro**. Hay varios estudiosos

de gran crédito científico y de mucho saber que están haciendo de abogados del diablo. Yo desenmascararé sus supuestos milagros mientras presumió de realizarlos, **naturalmente antes de su paso a mejor vida y cuando él podía defenderse**, y subrayo la frase para responder a uno de sus injustificables reproches. Pero repito que no me opongo a esa **canonización** y estoy dispuesto a quemar incienso en los altares que a **San Américo, mártir y confesor**, alce su **secta**—no es mío el calificativo.

Y no se enoje—como dicen en Argentina—por la chunga. No me conoce usted—¡vivimos tan lejos!—e ignora que tengo fama de relator de anécdotas sabrosas y de muy mal hablado; fallas temperamentales adquiridas leyendo a los clásicos—le remito a «lo rahez hispánico» de mi «España Incógnita»—y muy anteriores en mí a la senilidad que me enrostra impladoso. Y, ojo, que peor es caer en el camino. Yo ya he hecho el mío y espero trabajando—por no variar—la hora del tránsito supremo. Decidido, éso sí, a contar a San Pedro alguna anécdota risueña para facilitar mi entrada en el Edén. Aunque ello será sin duda en vano. Conozco mi destino. Por republicano liberal y católico y por hombre de honor en los años que corren, me espera irremediablemente el Limbo.

Y conste, para terminar, que le he agradecido el injusto y sangriento serretazo. Como en otras muchas ocasiones en que la Providencia ha salido al paso de mis flaquezas, tras leerle puse rodilla en tierra y agradecí a Dios que castigara mi orgullo con su violenta, cruel, injustificada e inexplicable diatriba. Y que el Altísimo perdone lo sañudo de su ataque. Yo seguiré mi ruta siempre en línea recta al servicio de España, de la reconciliación de los españoles y de su libertad.

Le saluda con la mayor consideración,
Claudio SANCHEZ-ALBORNOZ.